



**PARTIDO VERDE
ECOLOGISTA
DE MÉXICO**

SAN LUIS POTOSÍ

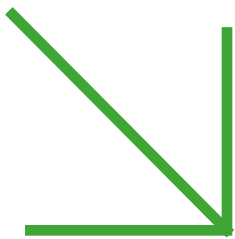
REVISTA ESPECIAL SEGUNDO SEMESTRE

**JULIO - DICIEMBRE
2025
VOL. 1**

TERRITORIO Y JUSTICIA AMBIENTAL

Pertenencia, biodiversidad, memoria y bienestar compartido

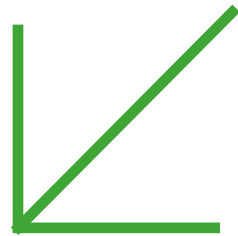




CONTENIDO

Un especial para leer el territorio como una red viva. Cinco ensayos conectan pertenencia, sistemas ecológicos, impactos acumulados, conocimiento y restauración para comprender cómo se distribuyen beneficios, riesgos y posibilidades de futuro.

01	PERTENENCIA	Paisaje, memoria y formas de habitar.	PÁGINA 4
02	SISTEMAS VIVOS	Agua, suelo, biodiversidad y alimentación.	PÁGINA 5
03	IMPACTOS	Riesgos, salud y acumulación de cambios.	PÁGINA 6
04	CONOCIMIENTO	Mapas, indicadores y escucha informada.	PÁGINA 7
05	REPARACIÓN	Restauración y beneficios compartidos.	PÁGINA 8



El territorio nunca está vacío

Cada paisaje contiene relaciones, trabajos, recuerdos y formas de vida.

El territorio es mucho más que una superficie delimitada. Incluye agua, suelo, vegetación, caminos, actividades productivas, vínculos, memoria y expectativas. Una misma ladera puede ser zona de infiltración, ruta cotidiana, espacio de pastoreo, refugio de especies y lugar asociado a una historia. Cuando solo se observa una capa, las demás desaparecen de la decisión. Por eso una lectura profunda empieza con una pregunta sencilla:

¿qué relaciones hacen que este lugar funcione y para quiénes resultan importantes?

La justicia ambiental amplía esa mirada al preguntar cómo se distribuyen beneficios, cargas y posibilidades de respuesta. No parte de la idea de que todo cambio sea negativo ni de que el paisaje deba permanecer inmóvil. Reconoce que producir, construir, desplazarse y habitar transforman el entorno, pero propone distinguir entre cambios compatibles con la vida y cambios que debilitan la base de la que depende el bienestar. También recuerda que una pérdida no se mide solo en superficie: puede afectar salud, tiempo, alimento, identidad o capacidad de adaptación.

Este especial evita el lenguaje legal y se concentra en herramientas para pensar. El primer capítulo observa las capas invisibles de pertenencia; el segundo explica la conexión entre agua, suelo y biodiversidad; el tercero analiza efectos que se acumulan; el cuarto examina mapas, indicadores y escucha; y el quinto aborda restauración y beneficios compartidos. La intención no es ofrecer una fórmula universal, sino una forma de relacionar evidencias. Comprender el territorio exige caminar, observar, medir, comparar, escuchar y aceptar que distintas perspectivas pueden revelar partes verdaderas del mismo paisaje.

El territorio nunca está vacío

Cada paisaje contiene trabajos, recuerdos y formas de vida.



Un lugar puede parecer desocupado cuando se observa desde lejos y, sin embargo, sostener una trama intensa de usos. Puede ser zona de pastoreo en una temporada, ruta de paso durante otra, espacio de recolección, refugio de fauna, lugar de infiltración o escenario de recuerdos familiares.

Algunos usos dejan construcciones visibles; otros sobreviven en huellas, nombres, horarios y costumbres. Esa diferencia importa porque lo que no aparece a primera vista suele considerarse inexistente. El territorio no es únicamente el suelo: incluye relaciones entre personas, especies, agua, trabajo y tiempo. También cambia a lo largo del día y del año. Una fotografía tomada en época seca puede ocultar un cauce temporal; una visita breve puede no mostrar movimientos estacionales.

Leer un paisaje exige preguntar qué ocurre allí, cuándo ocurre y qué conexiones mantiene con otros sitios. Solo así es posible reconocer que una superficie aparentemente vacía puede cumplir funciones decisivas.

La memoria ayuda a revelar esas capas, pero debe usarse con cuidado. Relatos, fotografías, nombres de lugares, marcas en los árboles y rutas antiguas forman un archivo colectivo que permite comparar transformaciones. Recordar no significa afirmar que el pasado fue perfecto ni ignorar desacuerdos.

Las memorias pueden ser distintas e incluso contradictorias; esa diversidad muestra que el territorio ha sido vivido desde posiciones diferentes. Caminar, dibujar recorridos, observar cambios en la vegetación y registrar temporadas complementa los relatos. La lectura se vuelve más completa cuando experiencia y evidencia se corrigen mutuamente. También conviene reconocer que los territorios necesitan transformarse: las actividades cambian, las familias se mueven y aparecen nuevas necesidades.

El objetivo no es congelar un paisaje, sino evitar que el cambio borre funciones esenciales o deje sin opciones a quienes dependen de ellas. Un territorio se comprende mejor cuando deja de verse como fondo vacío y comienza a leerse como una historia viva, llena de relaciones que merecen ser identificadas antes de alterarse.

Agua, suelo y biodiversidad conectados

El paisaje también es infraestructura viva.

El agua no permanece dentro de límites simples. Cae sobre una ladera, se infiltra, mueve partículas, alimenta raíces, recarga corrientes y continúa hacia otros lugares. El suelo regula parte de ese recorrido: sus poros almacenan humedad, la materia orgánica retiene nutrientes y una comunidad de hongos, bacterias e invertebrados transforma residuos en alimento para las plantas. La biodiversidad añade nuevas conexiones.

Polinizadores, aves, mamíferos, semillas y microorganismos participan en redes de alimentación, dispersión y refugio. Cuando uno de estos componentes cambia, los demás responden. Un suelo compactado infiltra menos; el escurrimiento aumenta; se pierde capa fértil; disminuye la vegetación; el agua llega más turbia; ciertas especies encuentran menos alimento. La cadena no siempre es inmediata, pero explica por qué atender cada elemento de forma aislada produce soluciones incompletas. El paisaje funciona como una infraestructura viva porque almacena, conecta, amortigua y renueva procesos que sostienen la vida diaria.

Conservar funciones no significa impedir toda actividad. Significa diseñar usos que mantengan cobertura, conectividad y capacidad de recuperación. Una franja de vegetación junto al agua puede filtrar sedimentos y ofrecer refugio; un corredor entre fragmentos permite el movimiento de especies; un suelo protegido por residuos vegetales resiste mejor la lluvia intensa y el calor.

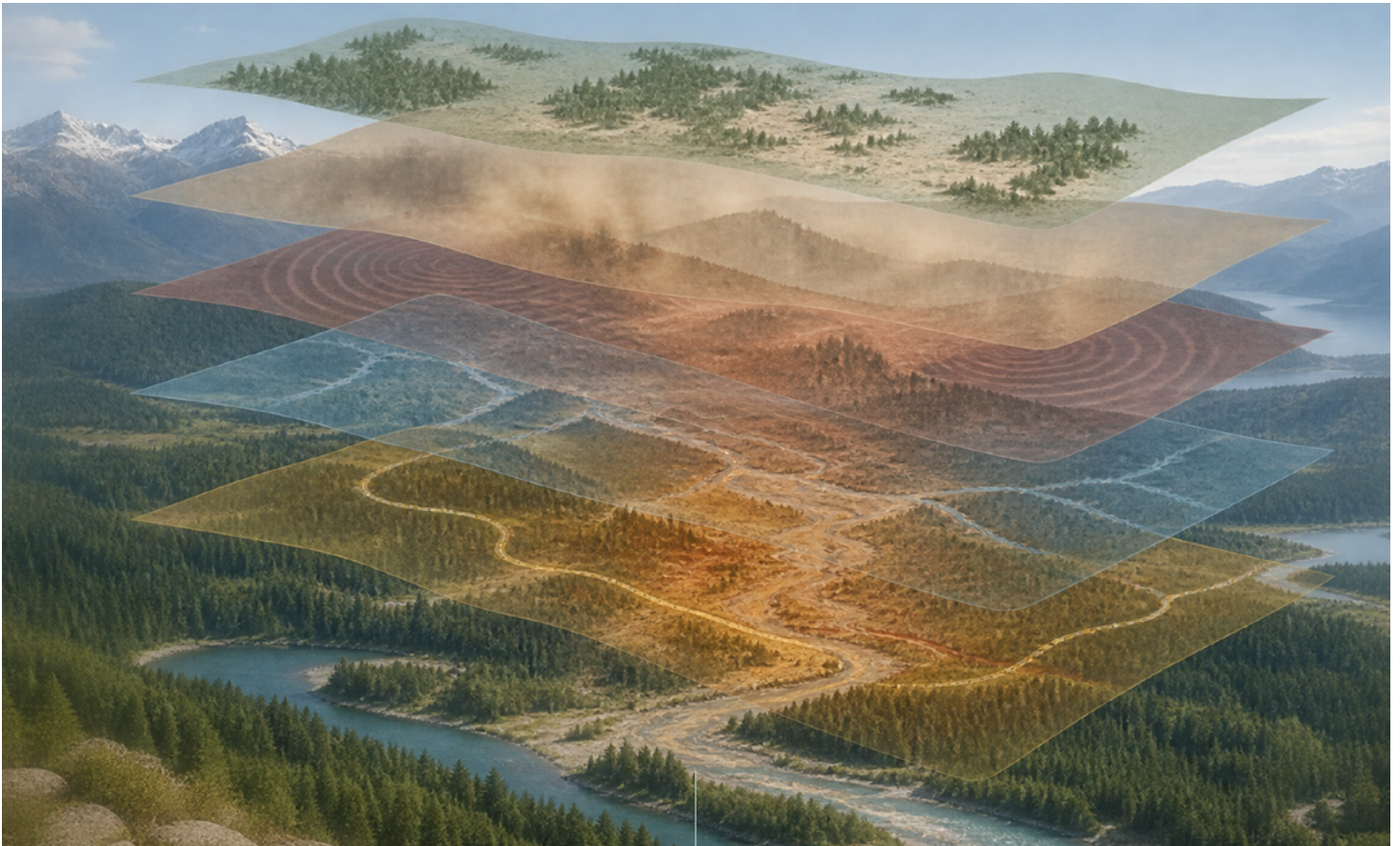
La diversidad dentro de un sistema productivo también puede reducir vulnerabilidad, porque no todas las especies responden igual a sequía, plagas o variación térmica. Ninguna práctica funciona de manera idéntica en todos los lugares. Clima, pendiente, tipo de suelo, disponibilidad de agua y forma de uso determinan qué combinación conviene. Por eso es preferible observar procesos y ajustar, en vez de copiar una solución. La pregunta central es si la actividad conserva la base ecológica que la hace posible.

Cuando agua, suelo y biodiversidad se leen como una sola red, la producción deja de competir necesariamente con el cuidado y puede organizarse dentro de los límites del paisaje.



⚡ Cuando los cambios se acumulan

Lo pequeño también cuenta cuando se repite.



Una modificación puede parecer pequeña si se estudia por separado: un tramo desmontado, una nueva brecha, una extracción puntual, una fuente de ruido o una descarga ocasional. El problema aparece cuando varias alteraciones actúan sobre la misma cuenca, ruta o comunidad ecológica. Sus efectos pueden sumarse, multiplicarse o presentarse en momentos distintos. Menos vegetación aumenta escurrimiento; el escurrimiento erosiona; la erosión reduce fertilidad y enturbia el agua; un camino fragmenta hábitat y facilita nuevos cambios. Ninguna acción explica por sí sola el resultado final, pero juntas modifican el equilibrio. También existe acumulación temporal. Un episodio breve puede ser absorbido por el sistema; la repetición sin descanso reduce su capacidad de recuperarse. Esta perspectiva ayuda a entender por qué un paisaje se deteriora sin un acontecimiento único y espectacular. Lo cotidiano, cuando se repite, puede tener tanto peso como una intervención grande.

Los impactos acumulados tampoco se distribuyen de la misma manera. Una persona con buena salud, transporte, ahorro y redes de apoyo puede responder mejor a una inte-

rrupción que alguien con movilidad limitada, ingresos inestables o responsabilidades de cuidado. Una misma pérdida ambiental puede convertirse en más tiempo de traslado, menor acceso a alimento, mayor exposición al calor o ruptura de una actividad. La justicia ambiental observa esas diferencias y pregunta quién recibe beneficios, quién asume riesgos y qué daños serían difíciles de reparar.

Prevenir requiere mirar secuencias y escenarios: qué podría ocurrir si una acción se combina con sequía, incendios, crecimiento productivo o nuevas rutas. No se trata de predecir con exactitud, sino de conservar margen para corregir. Separar fases, mantener áreas de refugio, evitar presión simultánea y revisar señales tempranas puede impedir que varios efectos pequeños crucen un límite.

Comprender la acumulación transforma la planeación: deja de evaluar piezas aisladas y comienza a cuidar la capacidad del territorio para seguir funcionando.

Mapas, indicadores y escucha



Un mapa interpreta el territorio; nunca lo reemplaza.

Todo mapa es una interpretación. Para hacerlo legible selecciona escala, fecha, límites y categorías; muestra ciertos elementos y deja otros fuera. Puede revelar pendientes, agua, vegetación y caminos, pero quizá no registre una vereda cotidiana, un sitio de memoria, una zona usada solo en temporada o un cambio reciente. La precisión gráfica no elimina esas decisiones. Por eso conviene trabajar con varias capas y compararlas con recorridos, fotografías, muestras y relatos. Una imagen aérea permite observar patrones amplios; caminar permite reconocer sombra, ruido, textura, olores y obstáculos. Un registro histórico muestra transformación; la experiencia cotidiana explica cómo se siente. Ninguna fuente es suficiente por sí sola. El conocimiento mejora cuando distintas evidencias coinciden y también cuando sus diferencias obligan a hacer nuevas preguntas.

Medir implica decidir qué merece atención. Superficie, producción o inversión describen una parte del territorio, pero no muestran por completo salud, calidad del suelo, tiempo de traslado, acceso al agua, continuidad de una práctica o capacidad para recuperarse. Un buen conjunto de indicadores debe ser pequeño, comprensible y repetible. También necesita una referencia: saber si una condi-

ción mejora, empeora o permanece estable. La escucha aporta dimensiones que los números no capturan, aunque tampoco debe tratarse como simple anécdota. Comparar testimonios, registrar cambios y devolver resultados fortalece su utilidad. Cuando existen desacuerdos, ocultarlos empobrece la lectura; describir qué evidencia sostiene cada posición permite avanzar.

Mapas, indicadores y escucha no compiten entre sí. Juntos forman una conversación entre escala amplia y detalle humano. Esa combinación ayuda a evitar dos errores: creer que el mapa reemplaza al territorio o pensar que una experiencia individual explica todo el paisaje.

Conocer profundamente significa relacionar datos, observación y vida cotidiana.



Restaurar procesos y compartir beneficios



Reparar un territorio es recuperar relaciones, no únicamente apariencia.

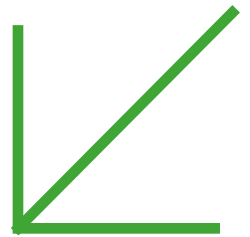


Restaurar no consiste en colocar vegetación para mejorar la apariencia. Busca recuperar procesos: suelo capaz de infiltrar y sostener raíces, agua con mejor recorrido, conectividad para las especies y una cobertura que resista erosión y calor. El punto de partida importa. Algunos sitios conservan semillas, microorganismos o fragmentos de vegetación que facilitan la recuperación; otros han perdido tantas funciones que necesitan intervención más intensa. También importa la referencia. Volver exactamente a una condición pasada puede no ser posible si cambiaron clima, uso o disponibilidad de agua. La meta puede ser recuperar funciones esenciales y construir una trayectoria viable. Por eso la restauración requiere objetivos observables, como mayor cobertura, estabilidad del suelo, supervivencia de plantas, regreso de ciertas especies o mejora en la infiltración. Medir durante varios años permite distinguir entre una imagen verde temporal y una recuperación verdadera.

La reparación también tiene una dimensión humana. Un paisaje restaurado puede mejorar alimento, sombra, agua, aprendizaje y trabajo,

pero esos beneficios no aparecen automáticamente ni llegan por igual. Conviene pensar desde el inicio quién participa, qué conocimientos aporta, quién asume mantenimiento y cómo se comparte el valor creado. La actividad productiva compatible puede formar parte de la recuperación si respeta ritmos, conserva diversidad y no vuelve a degradar la base ecológica. La formación y el seguimiento local fortalecen continuidad porque permiten detectar fallas y ajustar. Restaurar exige paciencia: algunas funciones regresan lentamente y otras quizá no vuelvan por completo. Reconocer esos límites evita promesas fáciles.

También ayuda a priorizar la prevención, pues conservar un sistema sano suele ser menos costoso que reconstruirlo. Reparar un territorio significa recuperar relaciones entre suelo, agua, especies y bienestar. El resultado más sólido no es una fotografía final, sino un paisaje que vuelve a sostener opciones y que cuenta con capacidad para seguir aprendiendo y adaptándose.



Justicia ambiental para la vida cotidiana

Un territorio justo conserva opciones para quienes viven hoy y para quienes llegarán después.

La justicia ambiental comienza al reconocer que paisaje, salud, economía y cultura forman un mismo sistema. Cuidar una parte mientras se deteriora otra produce soluciones frágiles.

Distribuir beneficios y riesgos con equidad exige información comprensible, escucha, prevención y seguimiento. También requiere reconocer que algunas pérdidas no pueden compensarse fácilmente: un manantial, una variedad, un sitio de memoria o una red comunitaria.

FUENTES PARA PROFUNDIZAR

IUCN. Conservación, restauración y soluciones basadas en la naturaleza.

FAO. Suelo, agua, sistemas alimentarios y semillas.

IPBES. Biodiversidad, ecosistemas y conocimiento local.

Stockholm Resilience Centre. Sistemas socioecológicos y resiliencia.

World Resources Institute. Restauración, agua y lectura territorial.



PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO SAN LUIS POTOSÍ

REVISTA SEMESTRAL

**EDICIÓN DIGITAL SEMESTRAL
JULIO - DICIEMBRE 2025
DATOS EDITORIALES:**

**DANIEL ALEJANDRO
GUERRA RODRIGUEZ**

**RFC GURD750309568
Amatista No. 189
Col. FOVISSSTE
C.P. 78150
San Luis Potosí, S.L.P.
México**

